

Experiencias en luz neón: narrativas de una mujer escort

Marco Antonio Montiel Flores*

Resumen

En este artículo se presentan algunas interrogantes y reflexiones sobre el mundo del acompañamiento *escort*, basadas en la experiencia e historia de vida de “Lucía”, mujer de 45 años que se dedica a esta modalidad de *trabajo sexual* altamente remunerado.¹ Las conversaciones y entrevistas a profundidad tuvieron lugar en fechas relativamente recientes (finales de 2018 y principios de 2019) al sur de la Ciudad de México. Los nombres y datos personales fueron cambiados a petición de la entrevistada. Cabe precisar que las ideas medulares de este texto forman parte de un trabajo de investigación aún en curso; por tal razón, el lector encontrará más preguntas que respuestas.

Se parte de considerar el trabajo sexual y la prostitución como fenómenos sociales de diversas aristas y matices. De igual forma, para su comprensión es necesario tomar en cuenta el anudamiento de las complejas historias de vida, los contextos familiares y afectivos, así como los imperativos culturales y económicos. Asimismo, y desde una perspectiva de corte cualitativa, el interés primordial es exponer lo que *dice, siente y piensa* “Lucía”. La principal virtud de este ensayo –considero– radica precisamente en que permite una aproximación al universo significativo de una mujer *escort*.

* Estudiante de la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Correo electrónico: [marcomontiel4@gmail.com].

¹ En comparación con la llamada “prostitución de calle”. Esto es importante porque alude a las clases sociales existentes en el trabajo sexual. Así, “en este proceso de estratificación, quienes están en la parte inferior generalmente son las trabajadoras sexuales de calle, luego quienes trabajan en establecimientos y, finalmente, las trabajadoras sexuales de élite: modelos, actrices porno y bailarinas exóticas” (Gall, citado en Laverde y Tirado, 2020:62).

El texto se divide en cuatro apartados centrales. En el primero se presenta un breve recuento de los posicionamientos teórico-políticos respecto de la prostitución y el trabajo sexual, al igual que planteamientos propios acerca del fenómeno; los apartados dos y tres se enfocan en el testimonio de “Lucía”; el último bloque lo constituyen las reflexiones finales del ensayo.

Palabras clave: trabajo sexual, *escort*, subjetividad, cuerpo, resistencia.

Abstract

This paper presents some questions and reflections on the world of escort support, based on the experience and life history of “Lucía”, a 45-year-old woman who is dedicated to this highly paid form of sex work. The in-depth conversations and interviews took place relatively recently (late 2018 and early 2019) south of Mexico City. The names and personal data were changed at the request of the interviewee. It should be noted that the core ideas of this text are part of an ongoing research work; for this reason, the reader will find more questions than answers.

It starts from considering sex work and prostitution as social phenomena of different edges and nuances. Similarly, for its understanding it is necessary to take into account the knotting of complex life histories, family and emotional contexts, as well as cultural and economic imperatives. Likewise, and from a qualitative perspective, the primary interest is to expose what “Lucía” *says, feels and thinks*. The main virtue of this essay –I consider– lies precisely in that it allows an approximation to the significant universe of an escort woman.

The text is divided into four central sections. The first presents a brief account of the theoretical-political positions regarding prostitution and sex work, as well as their own ideas about the phenomenon; sections two and three focus on the testimony of “Lucía”; the last block is made up of the final reflections of the essay.

Keywords: sex work, escort, subjectivity, body, resistance.

Introducción

[...] la prostitución no es un fenómeno unívoco, mucho menos uniforme [...] su heterogeneidad se complejiza con las diversas formas que la prostitución asume no sólo en distintos contextos y mercados, sino también en términos históricos y culturales.

Daich, 2012: 78.

Yo empecé a ser escort hace como ocho años. Mi papá tenía una comercializadora por internet y yo trabajaba con él. En una de las broncas que tuvimos me quitó todo y pues, bueno, trabajé de mil cosas, pero no me alcanzaba. Alguien me presentó en este show y dije “¡pues va!”. El primer servicio me lo pagaron en siete mil pesos; y entonces dije: “De aquí soy. A mis hijas no les va a volver a faltar nada”. Y la verdad es que, a la fecha, de mi trabajo he pagado escuelas, he pagado vestido, pago renta, o sea, he pagado muchas cosas. Entonces ya sé que estoy a punto de, porque este trabajo caduca, pero mientras me sigan hablando yo voy a seguir trabajando.

“Lucía”, 45 años, *escort*.

La problemática histórica del llamado “oficio más antiguo del mundo”, la prostitución, representa un vasto abanico de modalidades que, debido a su complejidad, debieran ser estudiados y debatidos permanentemente. El universo del *comercio sexual* (Laverde, 2013; 2017; Laverde y Tirado, 2020) oscila entre el deleznable esclavismo sexual, fenómeno definido como trata de personas, y demás aristas más o menos ancladas a la coerción para el ejercicio de la prostitución de importantes segmentos de la población femenina, frecuentemente constreñidos a enclaves de pobreza y marginación (De Mauléon, 2013).

A manera de paréntesis, y para aclarar a qué me refiero con la expresión “más o menos ancladas a la coerción para el ejercicio de la prostitución”, permítaseme colocar un ejemplo que ilustre mejor lo antedicho. Recientemente tuve una entrevista semiformal con un hombre que conocía a detalle la forma en que operaban los *padrotes* del portal Zona Divas, espacio virtual en el que se promocionaban

a *escorts* provenientes, en su mayoría, de Sudamérica. El *modus operandi* era el siguiente: los *padrotes* iban, por ejemplo, a Venezuela, allí buscaban mujeres jóvenes a quienes les ofrecían venir a México a trabajar como modelos y *escorts*, prometiéndoles altos ingresos; entonces no pocas aceptaban “voluntariamente”. Una vez aquí, a aquellas que trabajaran sin mayores protestas y cuestionamientos por las intensas jornadas y excesivas cuotas a pagar al *padrote*, las dejaban (aunque vigiladas) “en paz” (coerción velada); sin embargo, a las que protestaban, les quitaban sus pasaportes y obligaban a pagar una cuenta excesivamente alta por concepto de hospedaje, alimentación, “resguardo”, etcétera, misma que debían finiquitar con el dinero proveniente de sus servicios sexuales, es decir, ejercían una abierta coerción.

Empero, también coexisten matices de carácter “voluntario”,² no siempre asociadas a los aspectos arriba mencionados (prostitución igual a pobreza y marginación). Entre estos matices, por ejemplo, podría insertarse el llamado *turismo sexual*, fenómeno social que si bien comparte ciertas relaciones con “las movilidades a través de las fronteras y la trata de personas” (Piscitelli, 2014:2), así como intercambios económico-sexuales, también se diferencia de la industria del sexo y la explotación sexual porque, entre otras cosas, en el “turismo sexual” los participantes comparten complejas *relaciones afectivas* más allá de los encuentros meramente sexuales. Para precisar, en el turismo sexual:

[...] las relaciones con turistas extranjeros envuelven otros tipos de intercambios sexuales y económicos, parcialmente mercantilizados, diferenciados de la prostitución, que evocan las ideas de sexo transaccional o táctico. Estas nociones aluden a canjes que involucran relaciones sexuales no maritales, a veces con varias parejas, basadas en la oferta de dinero o regalos. Sin embargo, en esta modalidad de intercambios

² La complejidad del fenómeno es tal, que dentro de las modalidades “voluntarias” es frecuente el vínculo con redes nacionales e internacionales de trata de personas. Más adelante presentaré una crítica a la idea de *voluntariedad*; por el momento sólo basta con enunciarla.

los participantes se perciben más como novios/enamorados que como prostitutas y clientes, y el intercambio de sexo por regalos forma parte de un conjunto más amplio de obligaciones. Se trata del uso del sexo para aliviar las penurias económicas, lo que lo convierte en una actividad flexible, contingente y temporaria, en la que *con frecuencia no se eliminan el placer, el compañerismo y la amistad* (Piscitelli, 2014:5. *Cursivas mías*).

A partir de lo planteado por Adriana Piscitelli, es importante subrayar lo relativo a los afectos, el placer, el compañerismo y la amistad, porque además de representar una serie de matices en el fenómeno general de la prostitución, es posible afirmar entonces que no todos los intercambios sexuales mediados por el dinero se limitan a la cosificación sexual y al establecimiento de relaciones verticales, impersonales y efímeras. Por el contrario, lo observado en diversos casos del turismo sexual refieren que es factible sostener relaciones sólidas (tales como compromisos maritales y emigración con estos u otros fines similares), con alto valor sentimental y compromiso afectivo, además de:

[...] nociones de amparo, cuidado y afecto, que se expresan en contribuciones para la sobrevivencia económica y el consumo. El valor monetario de los regalos varía de acuerdo con la clase social y los recursos materiales del hombre, así como de su generosidad y del grado de compromiso con la relación. Las modalidades de intercambios sexuales y económicos englobadas en esta categoría no son estigmatizadas como lo es la prostitución. Y el mayor grado de respetabilidad se alcanza cuando la *ayuda* conduce a una relación durable y estable. Al retribuir la ayuda, las mujeres ofrecen sexo, compañía y, a veces, cuidados domésticos, proporcionando ropa limpia, comidas, atención y cuidados en situaciones de enfermedad. Cuando la *ayuda* es perdurable, las personas se *apegan* y la relación se torna un lugar de producción de sentimientos. A veces se trata de «amor romántico», pero con más frecuencia son sentimientos asociados a la idea de respeto y de consideración [...] (Piscitelli, 2014:5. *Cursivas en el original*).

Una vez dicho lo anterior, y volviendo a la modalidad del acompañamiento *escort*, considero que, a diferencia de la prostitución abiertamente coercitiva (trata de personas), muchas de las denominadas *escorts* son mujeres que apelan al ejercicio “voluntario” de lo que consideran un *trabajo* (sexual) como cualquier otro. Asimismo, no pocas de estas mujeres cuentan, a menudo, con niveles superiores de estudios, cobran elevadas tarifas por sus servicios y realizan funciones adicionales a las sexuales, como pueden ser de acompañamiento en cenas, viajes, etcétera. Por ello, es menester poner a discusión supuestos tales como aquellos que asocian las causas de la prostitución exclusivamente con la pobreza y la coerción.

En ese sentido, en el marco contextual neoliberal donde la división sexual de los cuerpos se ha agudizado, ¿se puede ser *agente activo* desde la aparente *pasividad*? ¿Ante la cosificación femenina por el patriarcado heteronormativo, son el “capital erótico” de la belleza y la seducción algunos de los elementos con los cuales las mujeres consiguen “paliar” las relaciones asimétricas intergenéricas? Sobre esto último –y más allá de ser uno quien ofrezca las respuestas–, “Lucía” narra lo siguiente:

Yo también encuentro muchas ventajas en ser mujer, muchas. Una es que siempre consigo lo que quiero, siempre me termino saliendo con la mía y consigo lo que quiero; sí, yo siento que como mujer la tienes más fácil, se te abren más puertas si sabes tocarlas [*ríe*]. Entonces eso creo que ayuda mucho. No seré una *Barbie*, pero tengo algo que siempre me ha abierto las puertas, no sé si es suerte o qué. No es mala onda pero si pesara 120 kilos y tuviera la cara llena de granos, pues no. O sea, siento que estamos en un mundo en que el físico tiene mucho que ver, y te soy sincera, si estuviera tan podrida no estuviera en el trabajo en el que estoy [*ríe*]. Por eso te digo que sí he tenido muchas oportunidades. Somos muy superficiales. El ser humano es súper superficial y egocéntrico, la verdad. Entonces sí tendemos a ver el físico, me refiero a la sociedad en general; la verdad sí te ayuda mucho el no estar tan podrida [*ríe*].

Ahora bien, otras vetas de reflexión a nivel teórico-empírico guardan relación con lo planteado desde y por diversos grupos feministas, militantes y académicas (principalmente). *Grosso modo*, la literatura pertinente expresa dos vertientes antagónicas respecto de la prostitución: por un lado, los movimientos “abolicionistas” consideran todo tipo de intercambio sexual mediado por el dinero (esto incluiría a las acompañantes *escorts*) como expresiones abiertas de la opresión masculina. La *liberación* y el empoderamiento femenino –plantean estas corrientes– no se alcanzarían sin antes abolir completamente, y para siempre, cualquier forma de intercambio económico-sexual; desde su perspectiva particular, es impensable concebir la *voluntariedad* consciente. En síntesis, sostienen que “no hay diferencia entre prostitución y trata, no existe la prostitución voluntaria y bajo ningún concepto puede pensarse a la prostitución como trabajo sexual” (MacKinnon, citado en Daich, 2012:72).

Por otro lado, se encuentran las visiones “regulacionistas”.³ A diferencia de las “abolicionistas”, las “regulacionistas” defienden la postura de considerar la prostitución como *trabajo* y, por ende, en la necesidad de establecer una regulación jurídico-normativa que goce del pleno ejercicio de los derechos humanos y laborales, así como la ruptura de los procesos de estigmatización que recaen sobre aquellas mujeres dedicadas al trabajo sexual (Laverde y Tirado, 2020). Al pasar del prohibicionismo a la regulación laboral, estas mujeres ocuparían un lugar de empoderamiento; asimismo, eventualmente se dismantelarían las redes de trata de personas, puesto que esta actividad únicamente se ejercería por *voluntad* y no por coacción. En esa tónica, resulta pertinente considerar la actividad de las acompañantes *escorts* como *trabajo sexual*, el cual se comprende “como un proceso que no se corresponde con la venta del cuerpo, sino como la prestación de un servicio sexual, que requiere de un proceso de creación simbólica y afectiva para recrear la producción de intimidad” (Laverde y Tirado, 2020:53).

³ Un desarrollo más extenso de los planteamientos de las autoras representativas de cada corriente (“abolicionistas” y “regulacionistas”) puede encontrarse en Lamas (2014:165); también se recomienda consultar el trabajo de Pachajoa y Figueroa (2008).

Ahora bien, reconocer el *trabajo* en el marco del comercio sexual:

[...] no implica dejar de reconocer formas en las que se vulneran los derechos, como la trata de personas y la explotación sexual. Por lo tanto, me refiero a *trabajo sexual* como la prestación de servicios sexuales remunerados a cambio de una retribución económica y que se realiza de forma voluntaria y consensuada (Laverde, 2017:53).

Otro aspecto que me interesa subrayar es que una crítica constante hacia las “abolicionistas” —no sólo por activistas e intelectuales— proviene justamente por y desde las propias trabajadoras sexuales, quienes son al final de cuentas las conocedoras, en carne propia, de las dificultades diarias de su trabajo. En ese sentido, algunas agrupaciones y colectivos destacados en la Ciudad de México son la Alianza Mexicana de Trabajadoras Sexuales (Amets) y Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer “Elisa Martínez”; esta última agrupación ha desarrollado un importante trabajo político-jurídico desde la década de 1990, intentando obtener reconocimiento legal para las trabajadoras sexuales en vía pública (Lamas, 2014:160). Sin lugar a dudas, estos señalamientos bien valdrían para, al menos, colocar en entredicho los posicionamientos más radicales de las perspectivas abolicionistas, dando así voz a las trabajadoras sexuales que pugnan por el reconocimiento de su actividad cotidiana (Morcillo, 2016). Laverde y Tirado sostienen además que no se reconoce el trabajo sexual como tal porque las mujeres que en él participan, escapan de los imaginarios y roles que socialmente se les atribuyen, reproduciendo así un proceso permanente de estigmatización, la cual:

[...] existe por la fractura en la conducta sexual esperada de las mujeres. Las trabajadoras sexuales rompen con el imaginario de la mujer pura y recatada. Así, el proceso de estigmatización hacia las trabajadoras sexuales reside en parte en la transgresión del rol asignado a las mujeres, asociado al mito de la mujer como madre. Sumado a lo anterior, monetizar las relaciones sexuales (que han sido restringidas al ámbito privado) es transgredir y borrar las fronteras de mundos separados. Las trabajadoras sexuales están bajo sospecha y su trabajo es estigmatizado (Laverde y Tirado, 2020:53).

Empero, habría también que poner a discusión la idea misma de “voluntariedad”, y preguntarnos ¿hasta qué punto la supuesta “voluntariedad” está limitada a una realidad económica y cultural por demás desigual? Por tanto, no cabe duda de que las denominaciones y conceptos como “voluntariedad”, “trabajo”, “prostitución”, “cliente”, deben ser puestas a debate. Para Marta Lamas, por ejemplo, es necesario dejar de hablar de *prostitución*, “pues es un término que únicamente alude de manera denigratoria a quien vende servicios sexuales”; esta autora propone entonces referirse al “comercio sexual”, denominación que “da cuenta del proceso de compra-venta, que incluye también al cliente” (Lamas, 2014:164). En esta amplia concepción del *comercio sexual*, debería considerarse (además de las trabajadoras sexuales y los clientes) también el papel desempeñado por los proxenetes, las autoridades gubernamentales (funcionarios y policías, por ejemplo) y empresarios hoteleros, entre otros actores.

Así pues, parece indispensable realizar trabajos o estudios contextualizados etnográficamente que ayuden a romper con las *esencializaciones* sobre la prostitución o el trabajo sexual, y permitan no perder de vista la diversidad de aspectos y variantes (Coppa, 2019:136; Daich, 2012). De este modo se resquebrajarían las tendencias a *crystalizar* la prostitución (igual a “víctimas”, “entes pasivos”, “pobreza”, “marginalidad”, “opresión masculina”, etcétera) que ofrecen respuestas totalizantes en dicha materia, mismas que, disfrazadas de radicalidad, terminan por aproximarse más a los posicionamientos reaccionarios, moralizantes y religiosos (Morcillo, 2016; Coppa, 2019). Por todo ello, insisto, es pertinente llevar a cabo estudios de casos particulares, sea desde el rescate de los relatos individuales, grupales o colectivos de mayor espectro social. Es a partir de la experiencia manifestada a través de narrativas significativas, donde se entretujan las razones y avatares de un trabajo como el del acompañamiento *escort*.

En los siguientes apartados, a partir de la narrativa biográfica de “Lucía”, me interesa bordear las siguientes interrogantes: ¿Tienen cabida el placer y goce en el ejercicio del trabajo sexual y, en ese sentido, hacer de las asimetrías *momentos* de equilibrio genérico? “¿Cuáles son los significados acerca de la corporalidad, los intercam-

bios sexuales con los clientes, la experiencia del amor y la identidad, contruidos por mujeres que practicaron la prostitución?” (Betancur *et al.*, 2011:32).

Narrativas de una mujer *escort*

La prostitución es problemática per se porque bajo la pátina de una aparente definición transhistórica y transcultural reúne o condensa varios significados, porque habla de un vasto y diverso mercado del sexo en el que innumerables escenarios son posibles.

Daich, 2012:79.

El problema más grande que tuve con mi mamá fue que su papá... [suspira] era un español súper lindo, ya sabes. Don Samuel era una eminencia, era el hombre más decente del mundo: no tomaba, no fumaba, no nada. Pero a los... ¿qué tendría yo?, once años, me empezó a violar. Llegó un punto en que tenía yo como catorce años y dije: “¡Hasta aquí! ¡Se te acabó tu pendeja!”. Ya no me dejé. Cuando crecí se lo dije a mi mamá. Ya sabes, en un arrebato, ella me gritó: “¡Es que nunca te he querido! ¡No te soporto! ¡No te tolero!”. Le dije: “¡Pues yo tampoco!”. Entonces me aviento a soltarle lo de mi abuelo y ella hasta la fecha sigue diciendo que soy una mentirosa, que lo hago por joder. Yo creo que esa es la bronca más fuerte que traigo con mi mamá. Si hubiera tenido un tractor te juro que se lo paso encima.

“Lucía”, 45 años, *escort*.

Hacia finales de 2018 y principios de 2019, tuve oportunidad de hacer trabajo etnográfico con “Lucía”, una mujer que desde hace más de 15 años se dedica al acompañamiento *escort*. Luego de algunas conversaciones informales, convenimos en realizar una serie de entrevistas a profundidad (cinco en total) donde ella relatara su historia de vida. Las entrevistas se llevaron a cabo en el hogar de “Lucía”, teniendo una duración promedio de 1:30 horas. Los tópicos propuestos para los encuentros fueron, principalmente: *i)* niñez y familia;

ii) las circunstancias personales y el acceso al universo del trabajo sexual; *iii)* la autopercepción de Lucía; *iv)* las vicisitudes del acompañamiento *escort*; *v)* estructura, roles, jerarquía y funcionamiento de los portales virtuales, establecimientos (“casitas”, “spas”, etcétera); *vi)* otros aspectos.

Inicialmente buscaba limitar el análisis exclusivamente en el funcionamiento de aquel universo de trabajo sexual. Sin embargo, al ir escuchando la compleja narrativa biográfica de la entrevistada, caí en cuenta de que, sin lugar a dudas, sus relaciones familiares y afectivas, las influencias del medio social y los imperativos económico-estructurales, habían sido claves para que ella “decidiera”, eventualmente, trabajar como *escort*.

Me llamo “Lucía”. Tengo 45 años. Soy madre de dos hijas que actualmente estudian la universidad. Soy acompañante *escort*, a eso me dedico. Nací en la Ciudad de México. Soy la de en medio de tres mujeres. Mi papá fue piloto, mi mamá se dedicó al hogar; siempre fui a colegio [*rié*], nunca fui a una escuela de gobierno y mira dónde terminé [*rié*]. Este... pues... bueno, tuve muchos problemas con mi mamá. Me salí muy chiquita de mi casa. A los 17 años yo ya no estaba en mi casa. Mis papás se separaron cuando mi mamá estaba embarazada de la más chica.

En la historia de Lucía, uno puede apreciar cómo, aunque en su hogar nunca faltaron las cosas materiales, siempre hubo severos problemas con los miembros de su familia, principalmente con su madre y abuelo quien, como se lee en uno de los epígrafes de este apartado, abusó sexualmente de ella. Durante las entrevistas, se notaba en el tono de su voz el rencor hacia estos dos personajes quienes dejaron una herida latente en su subjetividad. Tiempo después, con la responsabilidad del cuidado de su hija mayor, sin contar con el apoyo de sus padres y familiares, la vida le presentó una oportunidad *sui géneris*: dedicarse al trabajo sexual. Sus inicios como acompañante *escort* son una especie de fortuna y necesidad económica. Será “una amiga” quien la adentre en este submundo social. Es de llamar

la atención las similitudes de ambas historias y circunstancias. Así lo cuenta “Lucía”:

Una amiga me metió. Ella era mi vecina. Siempre me pedía para pañales; yo siempre la veía bien jodida. Entonces una vez me la encuentro en el mercado y le digo: “Ah chingá, te transformaste, ¿a poco eres puta?” ¡Nombre! Se puso bien roja... ¡Pero fue broma! Porque la vi con extensiones de cabello, ya traía uñas postizas y yo dije: “¡Ah, chingá!, de usar calzones de abuelita —de verdad usaba unos calzonzotes—”. Ella era súper, súper penosa. Ella es más morena que yo, y bueno, se puso transparente y me dijo: “¡Ay, no mames, güey!”⁴ Soy extra”, y yo seguí en lo mío y demás. Después me la volví a encontrar, y le dije: “Qué extra ni qué nada, tú eres puta” [risas]; y me respondió: “No, ¡cómo crees!”; Y le dije: “Méteme”. Pero se lo dije de broma; y ella me respondió: “No le vayas a decir a mi mamá, güey”.

Me invitó como cuatro veces, pero a la mera hora dije: “No, ni madres”. Me daba miedo y pena. Además, yo creí que para esto tenías que ser Maribel Guardia y estar así súper producida y toda operada. Mi idea de la prostitución era estar parada en una esquina. Jamás me imaginé que alguien te contactara por internet, y que había de todos sabores y colores de putas, nunca. Me invitó varias veces, ella trabajaba en un *spa* en Polanco y yo fui; pero a mí no me gusta estar encerrada. Entonces me invita, y llegó un momento en el que yo ya no podía con los gastos, porque mi papá me dejó sin nada. Y ella me dice: “Son cinco horas”, y yo dije: “¿Putas, cinco horas?, no me voy a poder sentar”. Pero no, el *show* era así: llegábamos a un restaurante, ya sabes, que la copita, que la comida, y después te vas al servicio. Estás una hora o dos en el servicio, por lo mucho. Nos pagaron en dólares; ese fue mi primer servicio, fueron casi 7 000 pesos y entonces dije: “Pos de aquí soy”. Y así fue, ella me empezó a meter, y después vas conociendo más personas. Yo conocí a un taxista y él me sacaba trabajo; por él conocí a “Los Tenebrosos”.⁵ Así funciona esto. Por ejemplo, yo conozco a alguien en un servicio e

⁴ Expresión polisémica que, popularmente, y dependiendo el contexto, puede significar desde “tonto/a”, “estúpido/a”, “amigo/a”, “compañero/a”, etcétera.

⁵ Hace referencia a un grupo musical de baladas con gran éxito en la escena musical mexicana durante finales del siglo pasado y los primeros años del siglo XXI. Para preservar el anonimato, se cambió el nombre verdadero de la agrupación.

intercambiamos números, después la contacto para invitarla a trabajar y así se va haciendo la cadenita.

A partir de su relato se van *entretejiendo* y problematizando otros fenómenos interrelacionados. Por ejemplo, “Lucía” contaba que había trabajado con un número considerable de *padrotes* y *madrotas* quienes, a diferencia de los imaginarios sociales que indistintamente suelen presentar a estos personajes como tiránicos, no “obligaban” a las mujeres regentadas (al menos no en las formas coercitivas en que suele pensarse, sino más bien empleando mecanismos de seducción y “empatía”); por contraparte, parecía establecerse entre ellos (*padrotes-escorts*) una especie de relación contractual sin demasiadas complicaciones:

No conozco a nadie [que obliguen a trabajar], de verdad que no es como en las noticias que te tienen a fuerza, eso no es cierto; ni el *padrote* que haga *casting*. Nunca me ha tocado. Inclusive trabajé con viejas, con *madrotas*... Lo único que te quitan es lana, pero no es cierto que te peguen, no es cierto que si no vas a un servicio te hagan algo. Ellos te hablan y te dicen: “Tengo un servicio, ¿estás disponible?”, y ya les dices: “No, voy terminando”, o: “Sí, perfecto. Nos vemos allá”.

Yo trabajaba con un *padrote*. Así fue como empecé a trabajar. Ellos tienen sus anuncios y te sacan el servicio. Te hablan por teléfono. Eso sí: no te hablan hasta que el cliente no se instale. Cuando les consta que el cliente está instalado, te hablan: “De 30 a 40 minutos llegas”. Entonces me habla el *padrote* y me dice: “¿Estás disponible? Tengo un servicio”. Le dices “sí” o “no”, o “estoy ocupada”. Llegas al servicio y cobras; le tienes que hablar al *padrote*, obviamente, para decirle “todo está bien”. *Todo está bien* es: “tengo tu lana”. A ellos no les importa si te ahorcan o no. Saliendo, en un Oxxo, pasas y les depositas. Obviamente te quitan la mitad de cada servicio.

Cuando mataron a Pepe [novio], al año siguiente regresé a trabajar: “¡Putá! ¿Qué hago? ¿Qué hago?”; ya había vaciado mi agenda, mi celular ya ni existía. Me acuerdo que tenía una *Blackberry* y ahí encontré el teléfono de Ricardo [*padrote*]. Porque cuando me fui con Pepe, yo le dije: “Me voy a ir a vivir con alguien, dejo este *tema*”, “no

te preocupes manita, cualquier cosa, aquí estamos”. Pero cuando Pepe muere, le hablo: “La neta es que se me murió [*voz entrecortada*]. Necesito volver a trabajar”, “Sí, sí, sí flaca, ahí estamos”. Entonces si el servicio era para una delgadita y morenita, Ricardo me hablaba. Y si era para una *güerita* o así más exuberante, metía a su mujer; porque a su mujer también la padrotea. Entonces la verdad él sí fue mi apoyo durante mucho tiempo...

Igualmente, emergían las alusiones a las *clases sociales* existentes en el mundo *escort*, determinadas por la edad de las mujeres, la nacionalidad (en México una *escort* extranjera suele cobrar más que una mexicana), el color de piel y por lo que “Lucía” llamaba “el tuneo” o “estar producidas”, es decir, operadas quirúrgicamente para resaltar sus atributos físicos.

El *padrote* con el que trabajaba sube sus anuncios. Hay una página que se llama *Mileróticos*, otra es *Mundosex* y otras más. Luego te buscan y él contesta: “Sí, yo te la mando”. Él se ha dedicado toda la vida al mundo del sexo. Él siempre mandaba como mil fotos. Si le decían: “Quiero una *chichona* y nalgonas”, pues desde luego no me iba a llamar a mí, ¿verdad? Pero si le decían: “Me gustan delgaditas”, entonces sí: “Tienes un servicio”. Él sacaba servicios muy buenos. A veces hasta de 8 o 9 horas. Entonces, a pesar de que te quitara te iba bien. Te venías con ocho o nueve mil pesos en una noche. Ricardo [el *padrote*] cobra \$1 500 por hora y te quita un porcentaje. Hay varios niveles... Hay una página que se llama *Zona Divas* y ahí muchas son extranjeras. Están todas *producidas*, y ellas te cobran hasta \$3 000 por hora. Son colombianas, venezolanas... ¡El pinche mexicano está obsesionado con las extranjeras! Pero son viejas que te dicen: “Sí, pero no me toques. No besos, no nada”, o sea ¡*pam-pam* y vámonos! Entonces muchos sí las alquilan, pero después dicen: “¡No, no chingues! ¡Pura estafa!”. Así que eso es más o menos lo que andan cobrando: de \$1 000 a \$1 500 una hora. Hay gente que te paga más, obviamente. Yo también cobro con tarjeta, entonces tengo que cobrar \$100 más de comisión; trabajo a domicilio —a donde me llamen, voy [*rié*].

Del mismo modo, “Lucía” describía las características de los “clientes” o “usuarios” (ella los llama “putañeros”) quienes, además de los ya mencionados narcotraficantes, están compuestos por sujetos comunes y corrientes: médicos, profesores, empresarios, deportistas, policías, mecánicos, etcétera:

Generalmente no te va a hablar un jodido. Por ejemplo, yo cobro \$1 200 una hora; \$1 500 una hora y media, o \$2 000 dos horas. Por toda una noche cobro \$6 000. No tan fácil te encuentras a alguien que pueda pagar. Tengo un cliente que es contador, a veces lo veo cada mes, a veces cada tres meses, dependiendo. Él tiene compañía en Brasil y en México, entonces no me da nada de lata, te juro, en hora y media ya estoy afuera, y me da \$3 500 o \$4 000; te digo, hay servicios muy bien pagados.

El noventa por ciento de los clientes son casados. El resto, si no están casados, tienen novia. Por eso te digo, a mí este trabajo me quitó la confianza en los cabrones. ¿Cómo voy a confiar? Los clientes luego te dicen: “Ando con mi vieja [esposa], te hablo en un ratito”, o: “sabes qué, mi vieja me bajó a hacer la cena, ¿qué onda, nos vemos mañana?”, “¡Qué poca madre, cabrón! Tu vieja te está haciendo de tragar”. Entonces me dije: “¿cómo puedes confiar en un cabrón?”

El uso de drogas y alcohol, los servicios prestados a narcotraficantes y personalidades del medio artístico o la farándula, eran otros temas que salían a colación frecuentemente, lo cual habla del despliegue de relaciones de poder bastante interesantes. Esto hace pensar en el marco contextual actual de la realidad mexicana, signada por la violencia generalizada y la proliferación de los cárteles de la droga a lo largo y ancho del país, en cómo se anuda el acontecer de escala social con las tramas subjetivas e individuales, discurriendo entre la mercantilización imperante y el universo significativo de los afectos.⁶

⁶ Al respecto, “Lucía” relataba con voz entrecortada las dificultades de su relación sentimental con un narcotraficante, quien a la postre sería el “gran amor” de su vida. Como si se tratase de una serie televisiva, ambos personajes estuvieron a punto de abandonar sus respectivas formas de ganarse la vida, sólo que un “ajuste de cuentas” terminó por derrumbar ese sueño.

¡Y también narcotraficantes! Hay muchos. Ahorita ya ha bajado un poco por la crisis o no sé, pero te juro que hace cinco años, ¡bueno! Te digo que mi bolsa se iba de lado. También he dado servicio foráneo. Me he ido a Cancún, Guadalajara, Monterrey... Obviamente tienes un sexto sentido y vas conociendo a la gente de verdad. Tú cruzas una puerta y ya sabes qué tipo de persona es; se les nota luego luego cuando son narcos, no sé si en la vestimenta o en lo físico, pero no hay pierde, te das cuenta. Se les nota de inmediato. Conozco federales y jamás los he visto armados, no van con la pistola ahí... Toman su servicio y ya. Luego me dicen: “Ah, yo trabajo en la [Policía] Federal” o “Soy comandante de la Judicial”, “Ah, pues qué buena onda, ¿no?”. Pero a los narcos luego luego se les nota. Además, empiezan a meterse un chingo de *perico*⁷ y traen la *fiesta*.

Los servicios brindados pueden tener lugar en hoteles, domicilios particulares o establecimientos semiclandestinos como *table dances*, casas de citas o los llamados *spa's*, lugares donde las tarifas suelen aumentar, así como la complejidad de este submundo.

En La Cabañita obviamente va *gente muy bien*, porque les cobran el servicio a \$3 200 pesos. En el *spa* no tanto, cobraban \$1 500 o \$2 000 más o menos, y a una [como *escort*] le daban \$1 200; por un *topless* eran como \$900 pesos. Ahí va todo tipo de gente, gente *bien*: iban políticos, empresarios, gente de oficina. Entre amigos se dicen: “Yo conozco un lugar”, y así se van enterando; generalmente es gente que trabaja, o sea no entra gente fea a ese lugar. No sé si ya lo abrieron nuevamente o si sigue cerrado, pero tiene poquitito que lo clausuraron, inclusive salió hasta en las noticias; las chavas que estaban ahí adentro se las llevaron al Ministerio Público, y dijeron que era una señora ya grande y sus hijos los que encabezaban este negocio; cuando yo vi la imagen dije: “Ay, no inventes, es La Cabañita”.

A lo largo de este texto se ha señalado el despliegue de espacios de resistencia corporal y subjetiva, incluso cuando se dispone de los cuerpos femeninos durante una transacción sexual. “Lucía”, por

⁷ Cocaína inhalada.

ejemplo, afirmaba por un lado que se había convertido en una “máquina sexual”, lo que evidentemente trae consigo un alto costo a nivel psíquico; no obstante, por otro lado, decía que esto le permitía controlar sus sentimientos, aminorando el daño por la cosificación de su persona. Es decir, una vez dentro de la habitación ella se transforma en un *personaje*, resguardando sus sentires y emociones para sí misma; le brinda al cliente, únicamente, una falsa representación de lo que él espera, invirtiendo, o al menos equilibrando, los papeles de la dominación. Es de llamar la atención que tiene por regla no besar en la boca a sus clientes, pues sus besos están reservados para su pareja sentimental con quien no utiliza su armadura o mascarada.

Obviamente después de esto le pierdes el gusto al sexo, por supuesto. Con tu pareja es diferente, pero yo en ese momento no tenía pareja. Al principio sí me encantaba el sexo, pero ya después dices: “¡Putra madre!”. Si tú me dices: “Qué trabajo tan fácil”, yo te digo: “¡A ver *güey*, aguántalo!”, o sea, ¡imagínate! No soporto que me besen, te lo juro. ¡No tolero que me estén chupando! Entonces imagínate tener que aguantar eso, que te estén besando, no, la neta es horrible, ¡horrible! No es cierto que lo disfrutas, no es cierto. Tal vez habrá viejas que sí, pero yo no. Lo que yo quiero es pelarme de ahí. Eres un pinche robot sexual, de verdad, no sientes, no nada; ya tienes un *speech*: ya sabes lo que vas a decir, ya sabes con qué se van a venir rápido, lo que les gusta... todo. Te vuelves una súper actriz.

Cuando ves a los clientes sabes si son tranquilos, qué traen en la cabeza, te das cuenta si son gente que nada más está contratando un servicio. Y cuando los ves bien pinches *pasados*, que se les va la onda, les digo: “Ya vienes bien enfiestado, ¿verdad, cariño?”, “Ay, ¿a poco se me nota mucho? ¿Quieres [droga]?”

Asimismo, es capaz de emplear ciertas estrategias pragmáticas de engaño y sobrevivencia durante sus encuentros con los “putañeros”:

También hay un *güey* que da noticias por televisión. Le encantan las *mimosas* con jugo de naranja. Con él siempre vamos dos [mujeres]. Entonces lo que yo hacía era poner una toalla del otro lado de la cama,

entre el buró y la cama, y echaba poquito, poquito, y ya, nada más le daba dos traguitos; o la vieja con la que iba se lo tomaba –porque generalmente todas le entran a todo–, y ella cambiaba mi vaso por el suyo. Y él me decía: “¿Cómo no te embriagas, flaca?”, y yo le respondía: “¡Es que tengo un chingo de aguante!” Pero sí, nunca bebo nada si me ofrecen algo abierto... ¡Pero ni de chiste! Porque generalmente te duermen, te quitan el *varro*⁸ y cosas así.

Desde luego, cada encuentro está en manos de la fortuna; es como jugar con fuego, vivir al límite, en peligro constante. Y a pesar de todo, siempre es preciso conservar la calma:

[A los narcotraficantes] nada más les digo: “Ay, pero guarda la pistola, ¿para qué la quieres acá afuera? Yo no te voy a matar”, o: “Ay, ay, ay, ¡bájale!”, y la guarda. Nada más estás atenta a que no se le empiece a ir la onda. Porque cuando se meten *pieдра*⁹ empiezan a alucinar bien cabrón. Empiezan con el pinche delirio de persecución y después con *el mal del pollo*... Ahí es cuando dices: “Bye. Salte antes de que pase cualquier otra cosa”. Le llaman *el mal del pollo* porque se ponen en la alfombra a recoger lo que, según ellos creen, van a salvar de su droga. Pero no hay nada [*rie*]. Le llaman así porque están pique y pique en el piso. Sí te da *medio cosa*, que dices: “yo podría ser la siguiente”, pero no me da tanto miedo.

Tenía una amiga que le encantaba la fiesta. A esas les pagan \$2 000 pesos y con tal de salir con una pinche botella de whisky, ya perdieron. Terminan sin dinero, pagando la *peda*¹⁰ y las drogas. Había una chava que le encantaba andar con los clientes pero eran de *los de verdad*. Un día estábamos en un hotel y se oían gritos en el pasillo, y ya la traían del cabello: “¡Es que es el diablo! ¡Mírala cómo se me queda viendo! ¡Es el diablo!”, y su amigo, que estaba con nosotras, le decía: “¡Ya cálmate güey! ¡Ya cálmate, suéltala!” Y entonces vuelve a regresar esta vieja, ya le habíamos dicho: “¡Ya estuvo! De verdad, un día ese *güey* te va a matar”,

⁸ Expresión coloquial que en el contexto de la Ciudad de México hace alusión al “dinero”.

⁹ También llamado *crak*, está compuesto por polvo de cocaína mezclado con bicarbonato de sodio.

¹⁰ Borrachera.

y ella decía: “¡Ay! ¡Cómo crees! No pasa nada”. Y en ese mismo hotel –inclusive todavía está cerrado–, él le metió veinticinco puñaladas; no la mató pero le sacó un ojo y obviamente ya no pudo regresar a trabajar.

Escorts, “putañeros”¹¹ y ¿represión sexual?

Es sintomático que un importante segmento de los clientes contrata los servicios *escorts* en aras de experimentar su sexualidad de manera más abierta a lo socialmente “permitido”. Es pertinente preguntarse, ¿acaso la prostitución representa un “mal” (social) necesario? –evidentemente, la investigación social no debiera guiarse en función de juicios de valor tales como “bien” o “mal”, pues esto clausura las posibilidades de reflexión. Empero, esto no significa que los investigadores, desde sus posicionamientos éticos, políticos e implicaciones personales, permanezcan distanciados del “objeto” de investigación; por el contrario, siempre están en conflicto y tensión, en un diálogo intersubjetivo, los aspectos señalados (Guber, 2015)–. ¿Es una zona intersticial dentro del sistema donde se busca escapar a los constreñimientos morales y sociales, a ese *malestar de la cultura* del que hablara Freud (2010), y al ejercicio del poder introyectado en los cuerpos analizado por Foucault (1998; 2002)?

Desde este lugar, considero que no debería soslayarse el abordaje académico de la perspectiva del cliente; más aún cuando en los estudios sobre trabajo sexual son escasas las investigaciones al respecto; como bien refieren Gómez y colaboradores en su estudio del caso español: “Sólo el 1% de los estudios e investigaciones se centran en el cliente, pero en ninguno de los estudios realizados se ha profundizado sobre los motivos de la demanda del sexo de pago” (2015:152). Al preguntarle a “Lucía” cuál sería su explicación sobre los “putañeros” y su necesidad imperante de contratar servicios sexuales, responde:

¹¹ En el argot popular, un “putañero” es aquel sujeto que contrata regularmente los servicios sexuales de las trabajadoras sexuales. En las conversaciones sostenidas con “Lucía”, se hacía alusión a una especie de “adicción” o consumo desmedido a dichos encuentros por parte de los clientes.

Te encuentras con absolutamente de todo. Por ejemplo, que les metas cosas por el culo. Te pagan hasta \$5 000 porque les metas el puño completo. Y mientras no me lo metan a mí, yo no tengo problemas. También hay un tipo que me dice: “A mí trátame mal, como un perro”, y le puse el cinturón y lo traía, literal, como un perro; le gustaba que le dijera: “ahora sí perro, así te quería ver, rendido a mis pies”. Te digo, traen un rollo bien raro en la cabeza. Hay unos que de verdad no entiendo. Un tipo una vez estaba con la ropa de su esposa. O *güeyes* que te llevan la ropa de la esposa, zapatos de la mujer, y te los tienes que poner. Entonces te digo, no entiendo ese *show*; pues si tienen a la vieja en la casa ¿para qué te quieren vestida de ella? Tenía yo un [cliente] doctor, un neurólogo, una eminencia el tipo, y él tendía mucho a hacer eso, pero yo no entiendo qué rollo tenía en la cabeza. Y ya sabes, lo típico: que vístete de conejita, que si traes disfraces –porque les encanta verte con medias y ligueros, eso es como que lo más básico.

Una vez uno de la banda La Dependiente me contactó y me dijo que me iba a dar \$10 000, pero lo que quería era que yo me cagara en él, y le dije: “¡Ay no, no puedo! Aparte no soy una máquina de caca. No es de que ahorita quiero y ya”; y él me dijo: “No, de verdad, te doy \$15 000”, y le dije que no; él insistió: “Bueno, vamos a hacer un trato: tú me la dejas ahí en el baño y yo me la como”. ¡Imagínate entonces qué filias traen! Eso me lo dijo por teléfono. Entonces sí he visto a gente que dices: “¡no manches, qué asco!” –tan sólo del olor, ahora imagínate comértela–. Pero hay gente con filias bien locas.

También tengo un cliente que es inglés. El tipo tú lo ves en la calle y dices “jamás”; es un tipo alto, delgado, güero, con chófer. A él le gusta vestirse de mujer. La última vez él me decía, cuando estábamos en la habitación, que era “Laurita”, y que cuando estaba en la escuela la vieron enseñándole los calzones a sus compañeros, por eso habían llamado a su mamá. Y pues le tuve que pegar, porque obviamente le gustan los golpes; ya después de que se termina de vestir de “Laurita”, se levanta y se va como si nada, como si se rompiera el encanto.

Ellos te hacen una historia, se visten como mujer, te dicen que les pegues, que los humilles y los castigues –se llama dominación, es un *servicio de dominación*–; a estas alturas ya no me sorprende nada, sólo digo “sí le entro” o “no le entro”.

Más adelante, “Lucía” va más allá de la explicación individual, colocando en el centro de la cuestión a la moral imperante, a las normas y valores sociales. Al preguntarle *¿qué crees que piensa la gente de este trabajo?*, responde:

Pues está muy mal visto, obviamente; pero los que critican son los que te contratan. Y bueno, no hablemos de las esposas porque obviamente de puta no te bajan. Pero es lo que yo le dije a un cliente: “Aquí no puedes ser juez y parte. No puedes venir a criticar cuando tú estás aquí en el mismo rollo. ¿Con qué cara?”. Pero sí está muy mal visto, siempre te van a tachar de lo peor; hay una doble moral porque nadie tiene la cola bien limpia, y te digo: las que te dicen son las que sus esposos son los primeros que están ahí. Pero pues es algo que me tiene sin cuidado.

Esto jamás lo van a ver bien, ni como algo normal, que es un servicio que prestas y tan-tan. Yo le decía a alguien: “Es como un *taxi*. Tú le pagas a un taxi para llegar a un lado, y bueno, yo presto un servicio para que estés feliz y contento; es un servicio y ya. Así como necesitas de un carpintero, de un plomero, de un taxista, de un electricista... necesitas de mí, aquí estoy.

En este trabajo ves guapos, con dinero, profesionistas... que no tendrían ninguna necesidad de estar contratándome; pero unos por no meterse en broncas, en una relación eterna, y otros porque sí les encanta y no tienen *llenadera*, y quieren una y otra, y otra. Y obviamente se les hace vicio a otros, porque ya sabes, en sus casas les dicen: “no me toques”, “no me hagas esto”, “tengo flojera”, “me duele la cabeza”. Otros lo hacen porque les encanta, y me dicen que de esta forma revive su relación de pareja. Pero yo nunca lo he entendido, nunca he entendido cómo es que alguien pueda recurrir a esto. Porque con nosotras sí quieren hacer todas las locuras. Yo les pregunto por qué no le dicen eso a sus mujeres, y dicen: “No, no, no. Es que no se deja, no le gusta”. Por ejemplo, sí me dicen mucho que a muchas mujeres no les gusta hacer el sexo oral; entonces por eso los maridos tienen que buscar con quién; y otros porque son unos canijos de primera, no hay de otra; pero sí tienden mucho a ese tabú de “no me gusta, no lo hago”, y ellos acá con el pinche morbo y la locura en la cabeza, pues no se quedan con las ganas. Hay quienes son *putañeros*, que no se les quita nunca, desde que empiezan a los 20 años. No sé, no sé, ¡pero son unos culeros malditos! [*ríe*].

Tristemente, por el trabajo, he conocido de todas las clases sociales, de todas las profesiones que te puedes imaginar, y para mí todos son deshonestos, infieles. La verdad es que en este trabajo cómo puedes confiar en alguien. Yo siento que tengo una bronca que estoy sanando, porque tengo una bronca muy cañona (*sic*) con los hombres, justamente porque los conozco, todos son iguales.

Algunas reflexiones más sobre los actores masculinos llamados “putañeros”, clientes o usuarios. Es de llamar la atención su interacción en las redes sociales, grupos y foros de internet, como por ejemplo la plataforma digital *Sexoservicio sin censura CDMX*,¹² espacio virtual donde, bajo la máscara del anonimato,¹³ los clientes comparan experiencias, consejos y recomendaciones, además de críticas a los servicios de las mujeres acompañantes anunciadas en internet.¹⁴ También es interesante cómo a partir de su interacción virtual estos personajes se conciben como “hermanos de leche”, denotando una visión del mundo sui géneris que expresa un sentido marcado de pertenencia a un grupo en el cual la interacción no se da *cara a cara*, sino primordialmente a partir del enmascaramiento que reviste

¹² El mercado sexual se encuentra en una etapa de “sofisticación” propia de las sociedades actuales. En este escenario, entran en juego las nuevas tecnologías informáticas y medios de comunicación masiva donde se ofertan gran variedad de servicios sexuales (Laverde, 2013).

¹³ En su interacción, los usuarios utilizan *nicknames* o “apodos”, “alias” y sobrenombres con los cuales resguardan su identidad real. Es el enmascaramiento un elemento recurrente en el ámbito *escort*, tanto por parte de los usuarios como entre las trabajadoras sexuales. Cada una de estas mujeres se atavía con ropajes y atuendos que las convierten en personajes que, al mismo tiempo que muestran-seducen, también *esconden* o resguardan para sí mismas los aspectos más íntimos y afectivos de su persona. Ellas también utilizan otros nombres con los cuales “separan”, aunque sea momentáneamente, su actividad laboral de su acontecer personal. Es entonces la *máscara* aquella muralla infranqueable que posibilita el *ser otro*, burlar la fachada social.

¹⁴ En la actualidad, los avances tecnológicos y el auge de las llamadas “plataformas digitales” están modificando las relaciones interpersonales, así como las concepciones del tiempo y el espacio; también hacen lo propio incidiendo cada vez con mayor fuerza en las ciencias y disciplinas sociales (Hine, 2004). En este sentido, las herramientas metodológicas “clásicas” pueden verse beneficiadas y revitalizadas por dichos avances técnicos, mismos que, al final de cuentas, permitan acceder al entendimiento de eso que llamamos *la alteridad*.

el anonimato de las plataformas de internet. Sin lugar a dudas, el mercado sexual se encuentra en una etapa de “sofisticación” propia de los desarrollos técnicos de las sociedades actuales. Bajo este panorama, entran en juego las nuevas tecnologías informáticas y medios de comunicación masiva donde se ofertan gran variedad de servicios sexuales (Laverde, 2013).

En relación con el abordaje epistémico de los grupos referidos (trabajadoras sexuales y “putañeros” o clientes), es menester tener presente el hecho de que los *grupos* no siempre se nos presentan como armónicos o con un proyecto –político, autonómico, revolucionario, etcétera– definido, sino que en muchas ocasiones las tensiones y los conflictos, así como la heterogeneidad, se vuelven patentes, lo que no elimina el hecho de la creación de sentido y pertenencia:

[...] las formaciones colectivas –grupos, comunidades, organizaciones e instituciones– no son únicamente espacios concretos que aparecen en la vida social con distintas funcionalidades, sino también son lo que creen ser, [...] es decir, despliegan sobre sí mismos imaginarios, plano de las creencias, de los consensos, de los pactos implícitos, de ilusiones y desilusiones, es sustento clave en la creación de vínculos y del sentido de lo colectivo. Lo colectivo adquiere así el carácter de una dimensión de la subjetividad que reviste distintos perfiles, cualidades, densidades y formas, y que se despliega en el juego estratégico de lo que une y lo que separa, que, en su expresión máxima, opondría la fusión a la dispersión, pero no como elementos excluyentes sino como fuerzas que convergen en los espacios sociales (Baz, 2003:146).

Finalmente, en el tenor de la relación comercial *cliente masculino-“mercancía” femenina*, suele pensarse en este segundo actor como “víctima pasiva”; no obstante, aun en este tipo de prácticas donde el cuerpo es cosificado y usado como mercancía, tienen lugar procesos de resistencia a escala subjetiva que complejizan dicha relación. Porque aunque en la transacción sexual se disponga de los cuerpos (en este caso femeninos), existen a pesar de ello espacios (corporales y subjetivos) irreductibles e infranqueables; esto supondría distan-

ciarse en buena medida de la victimización total, para dar paso a la idea de la resistencia bio-política, o cuando menos de concebir un papel más activo por parte de las trabajadoras sexuales, quienes parecieran decir: “aunque uses mi cuerpo, éste sigue perteneciéndome”; como aquella canción popular donde, enfáticamente, se advierte al capitalista:

Tú no puedes comprar el viento / Tú no puedes comprar al sol /
 Tú no puedes comprar la lluvia / Tú no puedes comprar *el calor* /
 [...] Tú no puedes comprar mi alegría / Tú no puedes comprar mis dolores /
 [...] No puedes comprar mi vida (Calle 13, “Latinoamérica”).

Reflexiones finales

Pensar en los procesos de subjetivación, en las estrategias de las mujeres ante los efectos del neoliberalismo, obliga a considerar lo vivenciado en los cuerpos: *lugares* donde guarda lugar la resistencia ante el orden normativo falocéntrico. Y es que, como plantea Michel Foucault, la oposición a las diversas formas del poder suele expresarse de forma colectiva o individualmente. En la contemporaneidad, en el reino de la “sumisión de la subjetividad”, los individuos se encuentran en un complejo e imbricado proceso de “mecanismos de sujeción” estrechamente ligados a otras esferas de “explotación y dominación”. Es decir: “Mantienen relaciones complejas y circulares con las otras formas” (Foucault, 2001:245-246).

Asimismo, al escenario de sujeción descrito (de dominación, explotación económica y sumisión de los individuos), se deben contemplar las *violencias invisibles* por razón de género, las cuales *naturalizan* la “violencia institucional” que establece-impone “pactos de silencio”, los cuales, en resumidas cuentas, pretenden acallar los estragos producidos por el poder patriarcal. No obstante, reitero, en y desde los cuerpos tiene lugar la resistencia, expresada de manera más o menos consciente. Porque ahí donde se ejerce un poder de su-

jeción, de dominio de un ser humano sobre otro, y no en el sentido de poder como *potencia de sí* (Fernández, 2009:48), la oposición y la búsqueda de libertad, se vuelven inminentes.

Aunque también es cierto que el mundo del acompañamiento *escort* es como un laberinto del cual difícilmente se puede escapar; ya sea por las dificultades de encontrar otro trabajo con ingresos similares, o por las vicisitudes y avatares propias de la vida. Es un fenómeno social en el cual se entrecruzan los anhelos personales, las historias familiares, los constreñimientos morales, la cultura patriarcal y los imperativos económicos. Y dentro de toda esta maraña de complejas relaciones, las mujeres *escorts* son usadas y, también, viceversa.

Yo apenas regresé con la chava que me metió a trabajar. Ella se consiguió un cliente que la sacó de trabajar; eso sí, la *tuneó* como no tienes una idea; pero le duró el gusto tres años. La volví a ver en un servicio, pero ya se había arreglado la *jeta*. Escucho su voz, volteo y le digo: “¿Sandra?”, ella me contesta: “Ay, no mames, ¿a poco no te habías dado cuenta?”, “pues tienes otra cara, *güey*”. Volvimos a cambiar teléfonos. Le dije: “Pensé que ya no te dedicabas a esto” (“Lucía”, 45 años, *escort*).

Bibliografía

- Baz, Margarita (2003), “La dimensión de lo colectivo: reflexiones en torno a la noción de subjetividad en la psicología social”, en Isabel Jáidar (comp.), *Tras las huellas de la subjetividad*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México.
- Betancur, Catalina *et al.* (2011), “Cuerpo, comercio sexual, amor e identidad. Significados construidos por mujeres que practicaron la prostitución”, *Revista CES Psicología*, vol. 4, núm. 2.
- Coppa, Lucía (2019), “Enfoques analíticos en torno al comercio sexual de las mujeres: coordenadas contemporáneas e indagaciones en perspectiva histórica”, en *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 1, núm. 163, Universidad de Costa Rica.

- Daich, Deborah (2012), “¿Abolicionismo o reglamentarismo? Aportes de la antropología feminista para el debate local sobre la prostitución”, *Runa*, vol. xxxiii, núm. 1.
- De Mauleón, Héctor (2013), “Esclavas de la calle Sullivan”, *El Universal*, 1 de julio, México, [<https://www.nexos.com.mx/?p=15377>].
- Fernández, Ana María (2009), *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1998), *Historia de la sexualidad*, Siglo xxi, México.
- Foucault, Michel (2001), “El sujeto y el poder”, en Hubert Dreyfus, y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2002), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo xxi, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2010), *El malestar en la cultura*, Alianza, Madrid.
- Gómez, Águeda et al. (2015), *El putero español. Quiénes son y qué buscan los clientes de la prostitución*, Catarata, Madrid.
- Guber, Rosana (2015), *Etnografía. Método, campo y reflexividad*, Siglo xxi, México.
- Hine, Christine (2004), *Etnografía virtual*, UOC, Barcelona.
- Lamas, Marta (2014), “¿Prostitución, trabajo o trata? Por un debate sin prejuicios”, *Debate feminista*, núm. 50, octubre 1, PUEG-UNAM, México, [[https://doi.org/https://doi.org/10.1016/S0188-9478\(16\)30135-9](https://doi.org/https://doi.org/10.1016/S0188-9478(16)30135-9)].
- Laverde, Carlos (2013), “Mercado del sexo: Reflexiones desde la economía al comercio sexual”, *Via Inveniendi Et ludicandi*, vol. 8, núm. 1, enero-junio.
- Laverde, Carlos (2017), “Perspectiva de los mercados laborales en un trabajo socialmente devaluado: el caso del trabajo sexual”, *Revista CIFE: Lecturas en Economía Social*, vol. 18, núm. 29, [<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5848877>].
- Laverde, Carlos y Misael Tirado (2020), “Carrera moral y significados del dinero en el trabajo sexual: el caso de Bogotá”, *Revista CIFE: Lecturas en Economía Social*, vol. 22, núm. 36, [<https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cife/article/view/5437>].

- Morcillo, Santiago (2016), “Derivas sociológicas y de las ciencias sociales sobre la prostitución”, *Espacio abierto*, vol. 25, núm. 4, [<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=122/12249087003>].
- Pachajoa, Alejandro y Jhonny Figueroa (2008), “¿Es la prostitución un trabajo?”, *Tesis Psicológica*, núm. 3, [<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=139012667007>].
- Piscitelli, Adriana (2014), “‘Turismo sexual’, movilidades a través de las fronteras y trata de personas”, *Revista Sexología y Sociedad*, vol. 20, núm. 1, [<http://revsexologiaysociedad.sld.cu/index.php/sexologiaysociedad/article/view/466/510>].

Fecha de recepción: 20/05/2020
Fecha de aceptación: 06/11/2020